

Guillermo Páramo\*

# La Universidad Nacional de Colombia y el futuro del país<sup>1</sup>

\* Master en Ciencias Sociales, Universidad de Chicago. Especialista en Planeamiento Educativo e Historia del Derecho Indiano. Rector de la Universidad Central.

<sup>1</sup> Conferencia dictada en la clausura de la XV sesión de la Cátedra Manuel Ancizar, "Espacio y territorio", Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 22 de junio de 2003.

Indico unas pocas páginas que aparecen en una obra publicada por el Banco de la República, que es traducción de una profesora de esta universidad, y son las memorias de un viajero norteamericano, quien estuvo en este país a mediados del siglo XIX, hacia 1857-58. Se llamaba Isaac F. Holton. Pasó por Bogotá, ascendió por los caminos de la época hacia la provincia de Santander, regresó a Bogotá y luego se encaminó al norte y llegó a Panamá. Y cuenta cómo allí, entre la selva, esa formidable selva panameña de la época, desafiando la malaria, encontró a tres personas de la academia. Uno era otro extranjero como él en este país, y dos colombianos. Y esas personas le mostraron a Holton, según él dice en su diario que ustedes pueden leer, que en ese lugar, en Panamá, ahí en medio de la selva, podrían aprovecharse unos ríos y unas depresiones para construir un canal. Un canal que sin lugar a dudas sería la obra de ingeniería más importante de la humanidad. Un canal que pondría en contacto ya no un Mediterráneo con un océano Índico (cosa que aún apenas se soñaba), sino un canal que comunicara el océano Atlántico con el océano Pacífico; dos universos, dos mundos culturales gigantescos.

Y Holton da el nombre de esas personas que estaban allí: el otro extranjero era un italiano llamado Agustín Codazzi –otro extranjero que, como Holton, había descubierto que por ahí se podía hacer un canal, porque Holton se apropiaría de la idea rápidamente–; y los otros, los colombianos, eran un botánico, José Jerónimo Triana, y un sociólogo y geógrafo, ingeniero, como eran casi todos los explora-

dores de la época, literato, intelectual y rebelde, que se llamaba Manuel Ancizar. Esa era la expedición o *misión corográfica*, ingenjada con el propósito de tener un mapa o unos mapas de este país, descubrir sus ríos, penetrar en sus montañas, entrar en sus selvas, construir una imagen, una soberanía y un conocimiento. Y esos dos académicos colombianos, José Jerónimo Triana y Manuel Ancizar, fueron los fundadores de esta universidad. José Jerónimo Triana fue uno de los primeros profesores de lo que hoy se llama Instituto de Ciencias Naturales, y Manuel Ancizar fue propiamente el primer rector de esta universidad. Y fue pensando en ése colombiano –que había nacido en Fontibón y encontrado Holton metido en una selva del Pacífico, soñando con la construcción de un canal en su patria, pero que él con una visión gigantesca colocaba en el mundo– que se creó esta cátedra, la Cátedra Manuel Ancizar, no sólo para recordar ese nombre, sino para proponer también un sueño, si se quiere, construido desde esta universidad, que fue pensada igualmente para conocer el país y para integrarlo al mundo. Esta cátedra fue concebida además para que esta universidad pudiera contribuir con otras universidades, en principio de Bogotá pero también de todo el país, y para que colectivamente los universitarios y los académicos realicemos esa tarea que le fue encomendada en su momento a la *misión corográfica* y que no se ha concluido (está muy lejos de ser concluida) y que ya justificaría muchas vidas, muchas existencias.

Vale la pena recordar a Manuel Ancizar al terminar una Cátedra Manuel Ancizar por esa razón. Y vale recordarlo sobre todo cuando entre ustedes habrá muchos que podrán tomar decisiones muy importantes para este país. Y en cualquier caso entre ustedes habrá siempre gente con la capacidad que no tiene toda la gente, sino que tiene muy poca gente, de convencer. Basta con que alguien se matricule en una universidad y sea reconocido como universitario, para que se le entregue el poder de convencer. Y eso no le pasa a mucha gente, ni en Colombia ni en el mundo. Muchos de nuestros colombianos no tienen ese poder. A muchos de nuestros colombianos no se les escucha, no se les consulta, no se les atribuye la investidura de poder convencer.

Este país tenía en ese momento una selva en Panamá y Panamá era parte de este país. También por eso vale la pena recordar ese encuentro en este momento, en este lugar y en este año. Porque hace cien años Colombia perdió a Panamá. Apenas cien años, lo cual es un momento en la historia de una nación. Apenas, si acaso, dos generaciones puestas punta con punta, dos vidas promedio. Un tiempo corto, pero que fue suficiente para que se nos olvidara lo que pasó; porque se nos olvidó lo que pasó con Panamá; porque se nos olvidó que Panamá era en su momento, como es

Antioquia o el Valle hoy, un pedazo de Colombia; porque se nos olvidó que ser panameño era como ser antioqueño o ser valluno o ser boyacense; porque se nos olvidó que en Panamá prosperaron muchos de los grupos y de las ideas que le dieron la independencia a este país; que los Morales Galavis, los que pelearon contra Llorente ese 20 de Julio que se señala como el día en que este país fue independiente, venían de Panamá y fueron a Panamá. Y porque se nos ha olvidado que de todas maneras Panamá –que debiera ser considerada como una tragedia para este país, como una tragedia que puede repetirse– está allí en la esquina y todavía nos puede costar, y nos puede costar mucho más.

Son los universitarios, sobre todo los universitarios, los llamados a mantener la memoria, la historia; a reconocer cuándo se dan lecciones y aprenderlas y transmitirlas. Son los universitarios los llamados también a vislumbrar el futuro, a reconocer las amenazas. Somos los universitarios, los que estamos acá, los llamados a tener en cuenta cosas como esa, que han pasado y que pueden volver a pasar. Porque Panamá, que era una oportunidad; Panamá, que era una posesión estratégica; Panamá, que era una riqueza, se convirtió en amenaza, se convirtió en pérdida, se convirtió en derrota. Si un país ocupa una posición que es fundamental en la estrategia del mundo y no entiende el lugar en donde está, no tiene gente capaz de comprender los riesgos ni las oportunidades que eso trae consigo, ese país, de ser rico, se vuelve pobre; de ser dueño, se vuelve víctima esquilada; llega hasta a perder su memoria y su orgullo. Y eso nos pasó con Panamá: que no se recuerda en el año 2003, que no aparece en nuestra prensa y que poco se discute también en la universidad.

Todavía tenemos un país con muchas oportunidades, e igualmente con muchísimos riesgos. Todavía es necesario mirar hacia Panamá no solamente como algo que ocurrió, sino como algo que está ahí. Porque si el canal se construyó y pasó a ser estratégico, entre otras cosas porque para una potencia como los Estados Unidos era fundamental que hubiera una vía más corta que el estrecho de Magallanes para poder pasar un buque de guerra o un buque mercante de Baltimore, en la costa este, a San Francisco, en la costa oeste. Para nosotros, sin que medien esas distancias, Panamá nos es fundamental para que pueda pasar un buque nuestro de Barranquilla o de Cartagena a Tumaco o Buenaventura. Porque sin Panamá, que fue nuestro, tendríamos que darle también la vuelta al mundo si queremos comunicar nuestros puertos por el mar. Y luego, porque Panamá, que sigue siendo un lugar estratégico en el mundo, nos compromete, y cualquier cosa que pase en Panamá, que amenazará la estabilidad militar o política del mundo, nos afecta.

Ese es un problema de los bogotanos y de los caleños y de los pastusos y de los payanejos y de los santanderianos y de los antioqueños, todavía. Y quizás es un problema que nos ayuda a mirar el mapa de este país, que a veces no es el mapa que reconocemos ni comprendemos. Un mapa todavía vetado, un mapa todavía con posibilidades de dividirse y de perderse. Un mapa que todavía no hemos comprendido ni asimilado ni hecho propio. Porque si ustedes toman un avión en El Dorado y se dirigen a San Andrés y en San Andrés una tempestad impide que ese avión aterrice, no los devuelven al Dorado sino a Panamá. Porque entonces Colombia es Colombia a lado y lado, todavía, del canal de Panamá. Porque todavía tenemos Colombia al otro lado del canal de Panamá. Y no solamente necesitamos el canal para comunicar una Barranquilla con una Buenaventura, sino que Panamá separa a Colombia de Colombia y desde el punto de vista de una elemental estrategia militar, como se diría quizás en un lenguaje militar, aún Colombia flanquea el canal de Panamá, y todavía tenemos lugares que pueden ser bases de ataque o de defensa del canal de Panamá. Y en este caso son dos minúsculas islas en el Caribe (que pelearon por ser de este país y no de Panamá cuando se separó Panamá), habitadas por colombianos; que son, como también dirían los militares, portaaviones en ese lugar.

Si uno mira las revistas internacionales y ve lo que pasó hace poco tiempo con un buque de guerra como el "Cowl" en Yamein; mira lo que está pasando; lee la prensa y sabe que se dice que desde San Andrés o desde Providencia pueden partir lanchas rápidas a repartir cocaína por el golfo de México; lee en esa prensa que se dice que San Andrés puede ser la base de un cartel (que por supuesto no está integrado por la gente de San Andrés, los nativos), hay razones no solamente para ubicar en el mapa a San Andrés siendo ese mapa el mapa del espacio, sino también el mapa del tiempo, y a propósito de San Andrés recordar a Panamá. Porque lo que pasó con Panamá, entre otras cosas, era que en Panamá había panameños que sufrían de malaria y se morían de malaria, que no tenían oportunidades de vivir una vida digna, en un lugar estratégico para el mundo, para la humanidad, que no eran conocidos ni reconocidos por sus propios gobiernos, que eran ignorados y que de un momento a otro vieron frustradas las ilusiones que habían surgido de redimir sus existencias, por un gobierno que no entendía nada y que enviaba a Panamá a negociar con potencias internacionales de la talla de Alemania, de Francia, de los Estados Unidos, gente que no tenía idea de qué era Panamá y que hasta recibía "mordidas", migajas de esas potencias. Y eso fue lo que hizo que se perdiera Panamá.

Y ahora lo que tenemos es un San Andrés y una Providencia poblados por los descendientes de gente que peleó por este país, para quedarse en este país, cuya cultura ha sido despreciada, ignorada, quizás puesta en los límites de la resistencia, despojada de sus tierras, convertida cada vez más en un grupo de gente que habita en un basurero y porque todavía a la gente que enviamos a hablar de San Andrés en San Andrés no sabe qué es San Andrés. Porque todavía una posesión de Colombia que queda al otro lado del canal de Panamá, pero que le genera a este país una buena parte de su mar territorial (casi las tres cuartas partes de su mar territorial), es manejada como si fuera un satélite lejano, como si fuera "tierra caliente", en el lenguaje de Marroquín, y porque todavía los colombianos a veces pensamos, como pensaba el presidente Marroquín en discursos que son citados por los negociantes norteamericanos en el canal de Panamá, que los colombianos no tenemos derecho de plantearnos problemas grandes, que un colombiano no puede ser tan orgulloso de ser colombiano como un francés de ser francés. Estamos colocados por San Andrés todavía en un lugar estratégico del mundo y no es el único lugar. Porque si uno mira en la otra dirección está el Golfo de Maracaibo. Y del Golfo de Maracaibo sale el petróleo que abastece la costa este de los Estados Unidos. Y porque por las rutas que pasan por las narices de la península de la Guajira, pasan las fuentes de la seguridad económica de Filadelfia o de Baltimore, incluso de Nueva York. Y porque vemos todos los días lo que le significa a un país, y los riesgos y las oportunidades que eso tiene, estar al lado del petróleo. Y el Golfo de Maracaibo es un lago cerrado por una enorme masa que es la península de la Guajira, que es Colombia. E ignoramos a la península de la Guajira, y no sabemos dónde está y no hay una política para eso, cuando debiera ser para nosotros una clave en el manejo de la estrategia y de la geopolítica y de la política interna de desarrollo (en paz, por supuesto), de colaboración con los venezolanos, que son gente como nosotros, que hicieron una guerra como nosotros, con gente idéntica a nosotros, que debíamos ser un solo país, junto con ellos y con Panamá. Y que no lo fuimos, también por miopía.

Y es que Colombia no es solamente un país que está asomado al Caribe, que es el *mare nostrum* de la primera potencia del mundo, el Mediterráneo del eje económico actual de la humanidad, sino es que también somos un país con Andes y estamos en el bloque andino, y eso lo sabía bien Marroquín (pero sólo desde su finca en la sabana de Bogotá). Y somos un país con el océano Pacífico, que depredamos sin haberlo descubierto, en donde está la pesca, la salida natural de los productos del Brasil hacia los mercados del Asia, otro lugar poblado por colombianos desconocidos, desprecia-

dos, ignorados, maltratados, que sólo aparecen en las noticias en razón de alguna calamidad. Y está allí no más. Allí no más está Buenaventura y está Tumaco, cuyos habitantes son navegantes y arquitectos marítimos naturales. Y eso ya no parece sólo otro país, sino otro continente. Apenas nos hemos asomado al Caribe, aún no hemos descubierto el océano Pacífico. Y porque somos un país amazónico. Ya este país hizo una guerra por la ciudad que tiene en el Amazonas, el río más caudaloso del universo, que fue confundido con un mar en varias oportunidades, porque quienes entraban por el río Amazonas se negaban a aceptar que ese río pudiera ser un río y no fuera un mar. Y Colombia tiene allí un puerto, por el cual ya hizo una guerra, separado por otro mar de los centros de decisión de este país, ahora un mar de selva, y que ya no es un puerto, porque fue puerto hasta hace poco cuando había en Leticia un embarcadero. Porque hubo unas autoridades, seguramente con buena voluntad, que convirtieron ese puerto en un pequeño dique construido con bultos de cemento, bultos de cemento lanzados al río para detener al Amazonas! Y que no detuvieron al Amazonas. Porque el Amazonas rebalsa sobre ese dique y las aguas se pudren al lado de Leticia, y allí se ahogan los niños de Leticia. Y ese es nuestro puerto en el Amazonas. Un lugar que para muchísimos países del mundo sería fundamental. ¿Pero cuándo se piensa en el Amazonas, cuándo en una campaña presidencial aparece un proyecto, verdadero proyecto, no demagogia, en relación con el Amazonas? ¿Cuándo en una campaña presidencial se discute Panamá?

Ése es nuestro país. Un país con una posición estratégica como pocas en el mundo, todavía. Un país que es andino, que es caribe, que es pacífico, que es amazónico, llamado por eso mismo a ser protagonista de la discusión en esos escenarios de poder, pero que no parece estar en la mente, sobre todo de quienes trazan las estrategias y definen políticas de defensa de los intereses nacionales que cambian a los seis meses, dando palos de ciego. Es que no hemos descubierto siquiera el mar. No hace mucho tiempo decía yo en Cartagena que cuando uno mira una embarcación y enumera las partes de esa embarcación según el vocabulario de la arquitectura naval, encuentra que muchos de esos nombres lo llevan a uno a tierras y a momentos históricos supremamente distantes: a los vikingos, a los hindúes, a los fenicios, a los cartagineses, a los griegos, a los romanos, a los portugueses. Porque en una embarcación está condensada la historia de la humanidad. Esto está todavía en el vocabulario de cualquiera de nuestras embarcaciones que puede uno ver en Cartagena. Y lo decía porque estábamos en Cartagena y porque a Cartagena llegaron los galeones y antes las carracas de los navegantes portugueses, españoles sobre todo, cuando España y

Portugal eran un solo país. Y una carabela, o un galeón, es una síntesis de historias y las carabelas y las carracas que llegaron a América y fundaron un imperio universal, fueron la síntesis de dos arquitecturas navales, una del Mediterráneo y otra del Mar del Norte, fundidas en la solución excelente para navegar el océano que nació en Sagres, una punta en la península Ibérica, porque allí confluían el Mar del Norte y el Mediterráneo. Y hubo quien pudo aprovechar eso, y Enrique el Navegante y los navegantes ibéricos, hicieron lo que sabemos que hicieron. Y nosotros no tenemos a Sagres, donde converge un Mediterráneo y un Atlántico, sino que tenemos un país en donde convergen ya no dos mares sino dos mares océanos, y no hemos descubierto el mar.

Hace un momento se hablaba de la diversidad de vida. Cada vez que puedo repito, y sobre todo ahora, unos versículos del Corán, unos versos de unos suras del Corán. Uno de esos versos dice: "Si todo el mar fuera de tinta y a esa tinta se le añadiera otra tinta hecha con otro mar, toda esa tinta no alcanzaría para escribir la palabra de Dios". Pero hay otro verso que dice: "Toda la grandeza de Dios se puede ver en el ala de un mosquito". Así que lo que dice el Corán es que en el ala de un mosquito se puede reconocer lo que no puede describirse con dos mares de tinta. "En el ala de un mosquito...". Este es un saber antiquísimo, ese es el saber del Corán. Pero ahora tenemos la biología contemporánea, la genética. El ala de un mosquito, el ojo de un mosquito, la célula de un mosquito, la ingeniería depurada por la naturaleza en millones de años de experimentación implacable. En el ojo de un mosquito o en el ala de un mosquito está la ingeniería que el hombre jamás podrá soñar. Y nosotros no tenemos un mosquito: se nos dice, somos el país con la segunda megadiversidad, con la acumulación de esa ingeniería exigentísima de la naturaleza, experimentada en millones de siglos, en su máxima diversidad. Y se nos dice y se nos repite y hasta lo repetimos permanentemente y lo vemos por la televisión; aquí en este país hay más especies distintas de murciélagos que en cualquier otro país del mundo; y estamos muy cerca de ser el país con más distintas mariposas, si es que no somos el país con más distintas mariposas es porque no las hemos reconocido todas todavía... y de gorgojos, pero también de orquídeas y de aves, y eso para referirnos a lo que podemos ver. ¿Cómo será la vida microscópica, bacteriana? Por supuesto que somos un país andino y amazónico y del Caribe, y un paso forzado, como era Panamá, en las rutas de las migraciones de las especies. Esta es la puerta de entrada, y de salida de muchas especies, y están las montañas con sus nichos de especiación. Y es nuestro eso, en dos sentidos: en el sentido de que es nuestro y debíamos saber que nos pertenece y que es un legado para apropiárnoslo de las muy diversas formas que podemos apropiarnos la

vida: con la ingeniería genética, o simplemente valorando la belleza de esas formas; pero también es nuestro en el otro sentido, en el sentido en que tenemos una responsabilidad por eso. Y no sólo una responsabilidad económica: los académicos tienen la obligación de plantearse una responsabilidad aún con conceptos tan abstractos como la vida o la naturaleza. Cada vez que de uno de nuestros institutos de investigaciones sale una expedición guiada por un maestro al campo, encuentra nuevas especies o ve la dispersión de las especies de manera inusitada. Las rutas de la *Expedición Botánica*, que se transitan desde la época de la *Expedición Botánica*, de Villeta a Guaduas, de Guaduas a Mariquita, todavía son rutas de exploración, en donde pueden aparecer nuevas cosas cuando un botánico entrenadísimo va. Sale una expedición de la Universidad de Antioquia y encuentra no solamente nuevas plantas, sino nuevas especies de animales y entre ellas siete vertebrados: reptiles, sapos, un mamífero. Este es un país por explorar. Y esa vida aún está viva porque existió, como señalaba Mauricio Pardo, una enorme diversidad cultural. Porque en una maloca del Vaupés se pueden reunir alguna tarde en torno de un mameadero, alguien que hable tucano (una lengua tucana, una de las varias lenguas tucanas) y alguien que hable una lengua de la familia arawak y alguien que hable una lengua karib y alguien que hable una lengua uitoto y una lengua makú, en una misma maloca del Vaupés. Y cada lengua es tan distinta de la otra como el español del chino mandarín. Hoy se nos habla de la riqueza de la megadiversidad biológica, algún día se nos hablará de la riqueza de la diversidad cultural. Porque ignoramos la riqueza de una lengua humana. Fue de la lengua, y del estudio de las lenguas, de donde salió el modelo que se aplica hoy en la biología, cuando se habla de códigos genéticos. Fue inspirado en el sistema de comunicación humana, que se construyó el modelo de la biología contemporánea. Y es que una lengua, además, no es solamente un código para decir, es una manera de pensar, es una lógica, es una noción de espacio y de tiempo, es una posibilidad de metáforas, de alusiones, es una posibilidad de arte; también experimentada por siglos, por seres humanos, con cerebros, con experiencias acumuladas y con capacidad de crear. Y eso está ahí, entre comunidades ignoradas, maltratadas.

Bueno que esa *Misión Corográfica* debiera seguir haciéndose. Esa *Misión Corográfica*, ya en su momento, no fue solamente una misión para construir una imagen de país y tener unas coordenadas y referir unos puntos en un mapa; fue una exploración de cordilleras y de ríos y de selvas, y de aldeas. Y allí se pintaron plantas de las que había en nuestras montañas, y en las acuarelas de Carmelo Fernández, de Enrique Price y de Manuel María Paz apareció, por primera vez en la his-

toria, la imagen del hombre colombiano; apareció su rostro, la manera como se vestía, los lugares y las edificaciones que tenía para vivir, sus útiles de trabajo; aparecieron los primeros registros sistemáticos de sus lenguas. Ésa es una tarea para los universitarios. Ojalá hagamos que este país se apropie además de la cultura universal que no le pertenece a nadie, porque es construida por la humanidad. Ojalá preservemos la cultura de los tukano, con toda la poética de sus mitos, su manejo sabio del agua; que preservemos el arte plumario de los siona. Ojalá podamos soñar, y eso es parte de una utopía y es una utopía grande, en que también ellos sean colombianos con derechos y tengan acceso a la cultura nuestra y a la cultura de la humanidad; y que con ellos nos apropiemos también de Shakespeare o de Einstein o de Bach.

En las exposiciones pasadas se mostraron los retos y los problemas que tiene nuestro país. Y los tiene. Pero también a veces es necesario sobreponerse a las circunstancias y ver que tenemos posibilidades. Nuestras amenazas son también nuestras posibilidades. Tal vez no tengamos maneras de financiar aceleradores de partículas para hacer investigación científica, pero tenemos arrecifes de coral. Estamos en guerra. Hace cincuenta años en Europa y en el Asia las primeras potencias, que a veces hoy incluso vemos como modelo de convivencia cívica y de paz, se destruían las unas a las otras de una manera terrible, salvaje, cruel, implacable, y no era sólo una guerra internacional sino una guerra civil, porque las guerras internacionales son generalmente guerras civiles y así lo fue esa guerra. Nosotros estamos en guerra y los colombianos nos matamos unos a otros, pero hay que sobreponerse también a eso. Yo con frecuencia menciono la historia de esta universidad que pudo ser la historia de cualquiera otra. Esta universidad nació precisamente para la época de Holton, y hay que leer a Holton y a esos otros cronistas sobre cómo era este país en ese momento: se paraba uno en el atrio de la Catedral, miraba hacia el occidente y veía los nevados. No había ni contaminación ni edificios. Pero cuando llegaba el invierno, quien estaba en la Plaza de Bolívar y quería ir a su lugar de residencia en Funza o en Fontibón o en Facatativá, tenía que ponerse un poncho, subirse en una mula que conociera el camino y navegar, porque en invierno se inundaba la sabana de Bogotá. Y si la mula no conocía el camino tenía que guiarse por las estrellas. Y no había editoriales para libros, ni se hacían aquí microscopios ni telescopios, ni siquiera se podían producir aquí aparatos elementales de cálculo o de dibujo, ni pinceles. Si se quería tener un libro había que traerlo desde Nueva York o desde París, atravesar el océano, a veces naufragar, llegar a Cartagena, buscar Bocas de Ceniza, ascender por el río Magdalena en un champán, desafiando los troncos, espan-

tando los moscos, para llegar a Honda y ascender por esas cordilleras en esos caminos, a lomo de indio, con el libro. Lo mismo había que hacer para traer un microscopio, y a veces se rompía el lente del microscopio. Había guerra civil, las masacres y los incendios no eran solamente en las afueras de la sabana, eran en la sabana de Bogotá. El presidente podía estar preso en el observatorio astronómico y esos libros que se traían se utilizaban a veces como barricadas en los combates. Están los libros perforados por las balas en el convento de San Agustín. Y ahí en ése país, hubo gente que pensó "hagamos una universidad": esa fue la Universidad Nacional. Y la hicieron, y aquí estamos. Hacer una Universidad Nacional, comenzando la segunda mitad del siglo XIX, pareciera ser mucho más difícil que lanzar un satélite. ¿Por qué no podemos ponernos unos retos de esa naturaleza? ¿Por qué no apropiarnos de nuestra posición en el mundo? ¿Por qué no descubrir que encima de nosotros hay satélites artificiales que controlan nuestras comunicaciones, aprovechando esa posición, sin que tengamos ningún acceso a su control, porque ninguno de ellos es nuestro? ¿Por qué los colombianos, con cuarenta y

cuatro millones de colombianos, no podemos levantar la cabeza y reclamar además dignidad? ¿Por qué tenemos que hacer colas en las embajadas durante veinticuatro horas para poder estudiar la historia de Villeta? ¡Un país con cuarenta y cuatro millones de habitantes en un lugar estratégico del mundo!, cuyos ciudadanos son sometidos a eso. ¿Por qué? Que hay bandidos, los hay. Pero la palabra *mafia* no es una palabra española siquiera. Y la palabra *cartel* tampoco es española. Y aquí no se descubrió el uso de la cocaína, ni generamos el tráfico de drogas en el mundo, ni producimos subametralladoras. Tal vez este año de 2003, cuando se cumplen cien años de lo de Panamá, los colombianos debiéramos mirarnos nuestra cara, sentirnos un poco más orgullosos de lo que somos, menos culpables de lo que pasa en el mundo. Porque si no, vamos a ser como fueron los judíos en esa época terrible a la que aludía hace un momento. Ése es otro de los sentidos de la universidad, así fue concebida esta universidad y una persona como Manuel Ancizar, que era un exigentísimo investigador, un gran literato, pero también un colombiano que era orgulloso de ser colombiano, dejó como ejemplo para esta universidad.

*Muchas gracias.*